

¿Una Democracia Coja?

Por Julio Brea Franco

Es verdad: la tónica de muchos de nuestros artículos ha sido una genuina preocupación -así la autopercebimos- por el afianzamiento y consolidación de la democracia en nuestro país. Hemos insistido, quizás hasta el cansancio, en eso de la institucionalización y en el desarrollo de nuestras estructuras políticas. Un desarrollo político que no puede ser considerado, so pena de caer en el simplismo, divorciado de la dinámica global en la que está inbuída la sociedad dominicana.

Indiscutiblemente, esta preocupación ha tenido momentos de desigual intensidad. Desigual si pensamos que en el proceso político que estamos viviendo los dominicanos desde hace más de un año, se han registrado algunos momentos en que parecía que al doblar de la esquina nos íbamos a encontrar con crisis. Crisis que podían dar al traste con la constitucionalidad, y por lo tanto, conducirnos por senderos, ya trillados en el pasado, con funestas y lamentables consecuencias. Y balanceada esta posibilidad con aquella que asegura la permanencia de un clima de respeto por las libertades públicas, la decisión para nosotros es sencilla: nos quedamos con la segunda.

Aquí cabrían diversas versiones de una misma interrogante: ¿porqué este aferrarse a la democracia? ¿Acaso no es difuso y muchas veces vacío el sentido que le damos a esta expresión? ¿No se ha dicho y se ha tratado de mostrar eso de que la democracia como sistema político es débil e inestable? ¿No hemos sido y estamos siendo espectadores, lamentablemente, de la muerte de algunas democracias y de la agonía de otras por la inanición a que se ven obligados sus gobiernos por el fraccionamiento de la base consensual sobre la que reposan?

¿No se ha escrito, quizás, que la democracia no es viable ni deseable en países en vías de desarrollo cuyo reto exige un poder centralizado capaz de planificar y orientar con prontitud y eficiencia sus necesarias intervenciones? ¿No se ha emitido el juicio de que la democracia es un sistema que termina casi siempre putrefacto, creando un ambiente propicio para el florecer de tentaciones totalitarias?

Sí, todas estas cosas se han dicho acerca de la democracia. Querer negarlo sería una ingenuidad. Pero admitir sus fallas, sus imperfecciones, los peligros de una versión degenerada y desbocada, no quiere en absoluto significar que debamos enviarla al patíbulo, luego de pronunciar una sentencia que resalta su orfandad de bondades.

La democracia como sistema político tiene sus grandes deficiencias. Es que todos las tienen. Si no fuera así, de seguro el hombre, con el fardo milenar y secular de experiencias de gobiernos que carga sobre sus espaldas, ya hubiese, no visualizado, sino edificado una versión, despojada de toda vestimenta pública, del paraíso terrenal. Pero hasta ahora, eso no ha sucedido. ¿Sucederá?

Pero aparte de todas estas consideraciones generales, que confesamos sin vergüenza: nos interesan, lo que queremos dejar sentado, nítida y claramente subrayado, es precisamente esto: la mejor opción, para nuestro aquí y nuestro ahora, que tenemos delante los dominicanos es el mantenimiento del libre juego de las ideas.

De una atmósfera de sacrosanto respeto por los derechos humanos que permitan el desarrollo de ofertas políticas susceptibles, con el señalamiento popular, de convertirse en gobierno. Porque solo así podrán, haciendo, responder por las promesas que desparramaron y las esperanzas que sembraron a todo lo largo y ancho del país.

Fuerzas políticas en competencia recíproca con vocación y posibilidades de ejercer el poder, nos luce, constituye una meta deseable que de lograrse podría fructificar positivamente en beneficio de esa intangible felicidad nacional a la que todos, de una u otra manera, aspiramos.

Partidos con arraigo, que exhiban un olímpico respeto como adversarios, pudiéndose así crear las bases de ese mínimo de confianza necesario y esencial para una alternancia en el poder, es condición para el fortalecimiento de la democracia.

Pero si éstos son deseos, quizás la realidad contrasta. Dejando a un lado el partido de gobierno, con sus corrientes en pugna exhibiendo una precipitación inconsecuente con el momento, vemos con pena cómo el Partido Reformista continúa sumergido en una pugna entre dirigentes y sectores. Como sigue abrazado a una estructura tradicional en la que todo el poder de decisión descansa en la persona de su líder. El mismo esquema que exhibió durante doce largos años. Un esquema que coadyuvó al revés electoral que lo desalojó del palacio de gobierno.

Con las características propias de un partido tradicional dominicano cuyo elemento cohesivo no es una mística, mucho menos una ideología, sino la posibilidad de ejercer el poder, poderoso imán cuyo magnetismo arrastra a buscadores de prebenda, a negociantes de la política, el Partido Reformista puede estar abocado a una gran desbandada general. Si a esto, al estar fuera del poder, le sumamos la incoherencia de una dirigencia con un vocero que desautoriza a otro, así, públicamente, ofreciendo muestras gratuitas de malquerencias y de desacuerdo, entonces el panorama se torna más sombrío.

Y sin embargo, si no se trata de enrumbiar la agrupación por otros derroteros más en consonancia con la realidad actual de nuestra sociedad, si no se trata de responder con una nueva actitud aprovechando las experiencias pasadas, si no se lleva a cabo una limpieza dentro de la propia casa colocando en los puestos de mando nuevos dirigentes, el partido no podrá proyectar una nueva imagen. Y sin ella, posiblemente será difícil que logre obtener beligerancia política, que pueda realmente tener impacto en próximas jornadas electorales.

Y si esto no sucede, si el partido no quiere, o los que quieren cambiar no pueden hacerlo en su seno, conduciéndolo entonces a un acelerado proceso de desnutrición política, la democracia dominicana quedará coja. Una cojera que no la favorecerá.

Alguien nos decía que esto es inevitable. Pudiera ser, a pesar de que en política, en nuestro país y en este tiempo, predecir puede ser muy atrevido. De todas formas la tendencia parece ser esa: hacia la cojera. A menos que no se verifique un reagrupamiento de fuerzas que estructuren una nueva oferta política y que ésta tenga impacto ¿Esperamos, entonces?

CURIOSIDADES

CHICAGO, Illinois, (AFP).— Un doble parto simultáneo de trillizos se produjo el miércoles en el hospital Michael Reese de Chicago, lo que provocó cierto revuelo y un conato de alarma en el establecimiento.

Afortunadamente, ahí se acabó el brusco acelerón demográfico y los médicos pudieron trabajar con relativa serenidad el resto de la jornada.

Según las estadísticas, una mujer tiene una probabilidad entre 81,000 de dar a luz trillizos, recordó un portavoz del hospital. Pero las estadísticas son como los presupuestos: siempre se quedan cortas.

La señora Leah Rawson, que dio a luz dos varones y una niña, y la señora Jane Cooper, madre de tres hijas, se encuentran bien. Los niños también.

MADISON, Wisconsin, (AFP).— Gordon Ray y su esposa Bárbara fueron legalmente considerados demasiado gordos para adoptar un niño, según últimos cálculos de báscula del Estado de Wisconsin.

Gordon, con 97 kilos para 1,87 miligramos, y Bárbara, con 95 para 1,74, se encuentran perfectamente bien tal como están y no piensan abandonar su proyecto de adopción.

Los Ray, que viven en esta ciudad de Wisconsin, habían rellenado al efecto numerosos formularios. Basándose en estadísticas de las compañías de seguros, los servicios sociales del Estado les respondieron que eran "obesos" y que "tenían que adelgazar si querían adoptar un hijo".

"Pura discriminación", protesta Gordon, un deportista en plena forma. Y es verdad.